

UN HOMBRE SABIO Y BUENO

Quien le haya visto sentado detrás de su mesa de trabajo en la Biblioteca Nacional, borroneando cuentas o barajando guarismos; quienes no lo conocen más que tras el cambio de tres o cuatro palabras banales, no le

podrán juzgar jamás ni saber del corazón sencillo y dulce de este hombre santo y sabio. Ahí está siempre, calladito, sonriendo bondadosamente como si con esa su sonrisa quisiera ayudar a franquear el alcázar de su confianza.

¡Qué hombre tan bueno es éste! ¡Cómo rebalsa en todo instante su bondad a flor de labios.

Tan modesto como docto, vive oculto y perdido en el tranquilo retiro de su cargo y de su santo hogar. Nadie le vio jamás hacer ostentación de su sabiduría y cuidado si les podría dar lecciones a muchos que andan por ahí predicando hasta con las intenciones.

El fué el primero y el más entusiasta estudioso que se diera de lleno a las investigaciones del folklore, fundando la Sociedad de Folklore, publicando una revista, luego sucesivos e interesantes folletos y, por fin, creándole una sección independiente en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía que mucho ha contribuido al fomento y des-

arrollo de esta rama de las ciencias exactas. Quien haya de escribir el día de mañana la historia de la literatura chilena, de nuestra psicología, de los orígenes de la nacionalidad chilena, tendrá que recurrir a menudo al

estudio de estas publicaciones de folk-lore tan abundantes en cosas bellísimas.

¡Cuántos son de Chile los que conocen esta labor pacienzuda y utilísima fuera de Chile, realizada por don Ramón Laval! Sin embargo, lo que aquí se ignora es tenido en señalada admiración por doctos polígrafos como Rodríguez Marín, Menéndez Pidal, Cejador, que distinguen a don Ramón Laval como uno de los investigadores más serios y prestigiosos en las disciplinas folk-lóricas.

Durante muchos años fué don Ramón el director de la



Don Ramón Laval, Sub-Director de la Biblioteca Nacional.

Revista de Historia y Geografía, realizando en ella una labor tan interesante como útil en la publicación científica más seria con que cuenta el país en el momento.

Hace algunos años la Biblioteca Nacional le encomendó una de las comisiones más honorosas que se hayan conferido en Chile, enviándole en viaje de estudio a Europa y Estados Unidos. Viajó durante algunos meses visitando España, Francia, Alemania, In-

gllaterra, Estados Unidos y tras esa peregrinación dejó en prensa en Madrid su obra "Contribución al folklore de Carahue", escrito durante las vacaciones de 1911 en el sur de Chile, que hace algunos meses acababan de dar a la estampa las prensas de la Librería de don Victoriano Suárez.

Recordamos haber conversado con don Ramón al día siguiente de su llegada a Santiago, tras su viaje al extranjero, y haber recogido de sus labios sus impresiones europeas; y, cosa rara, no era un hombre que volvía deslumbrado con las maravillas de París o de Berlín, sino por el contrario sentíase dichoso de volver a su tierra y encontrarse en el seno de su hogar. Nunca le hemos sentido más chileno que en ese entonces en que don Ramón se quejaba de las extrañas comidas cosmopolitas y recordaba como una pesadilla las desabridas frutas del Norte europeo. ¡Con qué fruición hacía el elogio de nuestras frescas sandías, de la pulpa de nuestros melones o'orosos y dulces como el almíbar, de nuestros duraznos perfumados y apetitosos, de las tiernas verduras chilenas que casi crecen silvestres. Todo esto y antes que todo su santo hogar constituían para él el alma de su morriña palpitante, que no le dejó tranquilo hasta no sentirse en el seno de su bien amada tierra. Soy yo de los que creen que don Ramón no caería en la tentación nuevamente de abandonar su tie-

rra para ir a correr la ventura de otra peregrinación por Europa.

Y es que en don Ramón, revive el espíritu de nuestros abuelos, tan apegados al terruño y a sus costumbres. ¡Se siente él tan unido a la casa propia, al árbol que plantaron sus manos, a los hijos que vió crecer y formarse, a los nietezuelos que vinieron tras ellos, a sus costumbres de cada día, a los detalles que desvelan sus cuidados, a sus labores de más de treinta años, a sus amigos de siempre, a todo eso que en la vida constituye el alma verdadera de nuestro modo de ser, de pensar y de sentir!

Si don Ramón Laval reuniese en volúmenes sus estudios de folklore, podría formar, sin lugar a dudas, una media docena de tomos interesantísimos y útiles. Toda su labor anda desperdigada en revistas de ocasión, en folletos rarísimos, de tiradas reducidas, en las entregas de la Revista Chilena de Historia y Geografía que el descuido de don Ramón ha dejado olvidada.

Entretanto, mientras los días corren, le seguiremos viendo tras su mesa de trabajo de la Biblioteca Nacional, siempre sonriente, siempre bondadoso, siempre amable con todos.

Y a cada cual que se acerca para hablar con él, le seguiremos oyendo siempre las mismas palabras: ¡Qué hombre tan bueno es don Ramón!

